RELACIÓN

DEL CASO FAMOSO

ACAECIDO EN ESTA CIUDAD DE SEVILLA

Á UN DUQUE Y UN MARQUÉS,

BIBLIÓFILOS RECALCITRANTES.

ESCRÍBELA

PARA ADVERTIMIENTO DE BIBLIÓMANOS

D. LORENZO DE MIRANDA,

HIJO DE

EL CABALLERO DEL VERDE GABÁN.

SEVILLA
Imp. de la Revista de Tribunales.
Rivero 4. Teléfono 271.
1898

M. Ilt. D. Antonio Aguilar y Cano, que encargo de D. Lorenzo de Miranda, su amado humildísimo

Luis Montes

RELACIÓN

DE UN CASO FAMOSO

RM
VAR-
180

RELACIÓN

DEL CASO FAMOSO

ACAECIDO EN ESTA CIUDAD DE SEVILLA

Á UN DUQUE Y UN MARQUÉS,

BIBLIÓFILOS RECALCITRANTES.

ESCRÍBELA

PARA ADVERTIMIENTO DE BIBLIÓMANOS

D. LORENZO DE MIRANDA,

HIJO DE

EL CABALLERO DEL VERDE GABÁN.

SEVILLA
Imp. de la Revista de Tribunales.
Rivero 4. Teléfono 271.
1898

CAPÍTULO I

Que trata de las devociones de un duque y un marqués, hermanos gemelos, y de los graciosos razonamientos que entre los dos pasaban.

ERASE que se era, y no va de cuento, un duque, á quien el Cielo dió mujer hermosa y honesta, cariñosos hijos y hacienda pingüe, amén de ingenio perspicaz y corazón entero y generoso. Gozaba este duque de todas las venturas de la tierra, y amábanle amigos y deudos, pudiendo decirse que no tenía enemigos, aunque practicaba el bien con todos los que llamaban á las puertas de su palacio. Vivía vida de bienan-

danzas, porque su hogar, en medio de las tormentas del mundo, estaba defendido por el más poderoso pararrayo: el santo temor de Dios, en cuya fe, la fe de sus mayores, alentaba como el pez en el agua. Ni la ambición de honores le inquietó, ni los desvelos del cortesano revolotearon por las altas bóvedas de su techo. Era, para decirlo de una vez, el prototipo del hombre feliz que gasta camisa de holanda finísima, y no el del bienaventurado que, según el dicho vulgar, camina por el mundo menos que en paños menores.

Blandos y apacibles deslizábanse para él los días, viendo á sus hijos crecer en perfecciones, hasta que, por arte del diablo (que no otro que el mismo Satanás pudo ser el autor de tal mudanza), fueron despertándose en su espíritu la intranquilidad y el desasosiego.

Veíasele ir de aquí para allí y correr de acá para acullá, en este archivo me entro y de aquella biblioteca

me salgo, departir con vendedores de libros viejos, disputar con covachuelistas, tragar polvo en la papelería del caduco Bianchi y escudriñar en los puestos de la Feria del Jueves.

Fué el caso, que, sin saber cómo, entrósele de rondón en el alma el más desventurado de los amores, por ser el más insaciable: la desmedida afición á los libros y los papeles, de tal suerte, que, como el Hidalgo Manchego, se pasaba las noches de claro en claro y los días de turbio en turbio, registrando infolios, limpiando el polvo y la polilla á mamotretos roídos de los ratones, catalogando romances de ciego, que no tenían que envidiar nada á las famosas coplas de Calaínos, y apuntando en un cuaderno los títulos, el número de hojas, el lugar de la impresión y el año de cuantos libros de historias y relaciones llegaban á sus manos, y no sé si también de las cartillas y silabarios en que los niños aprenden las primeras letras, buenas y gor-

das. Decía él, que no había tarea más meritoria para la república que la de desenterrar del panteón del olvido las obras de cuantos literatos había echado Dios al mundo en los pasados siglos; si buenas, por buenas y por ser injusticia manifiesta el dejar morir los frutos del ingenio humano; si malas, porque servían, contrastadas con las buenas, para dar á éstas lustre y realce, y porque de los libros podía escribirse lo que de los hombres dijo el poeta:

"Los malos honran los buenos
como honra la noche al día;
que sin tinieblas tendría
el mundo la luz en menos."

Y no eran sólo los libros los que le sorbían el seso: todo papel impreso tenía para él valor inapreciable, ya fuese hoja suelta, periódico ó diario, ya relación ó folleto; y así, bajábase á coger del suelo de las calles (también en sus días lo hizo Cervantes) todos los papeles que le salían al paso, como quien practica la obra de misericordia de

salvar á un náufrago ó redimir á un cautivo.

Ocupado en esta labor incesante, fué hacinando en una sala baja del palacio en que vivía cuantos libros y papeles hallaba á mano, por los que daba muy buenos reales. En corto espacio de tiempo, como su afición crecía y las compras aumentaban, viéronse los estantes atiborrados de arriba abajo, sin hueco ni intersticio alguno; y cuando estuvieron todos ocupados, que fué cosa de pocos meses, valióse de las mesas, sobre las que amontonó los libros como apila el avaro sus pesos duros, y de las sillas, y de los taburetes, y de cuantos muebles podían soportar aquella preciosa carga, hasta tal punto, que veíase forzado á sentarse en el santo suelo, cosa que le fué imposible cuando, repletos estantes, mesas, sillas, taburetes y demás muebles, tuvo que dar en tierra con aquellas amadas prendas de su corazón.

"Si yo, por malos de mis pecados,

decía, hubiere de salir de este palacio, en verdad, en verdad que no sabría cómo ordenar y colocar á tanto y tanto amigo muy querido. Bien estáis aquí, regocijo de mi existencia, encanto de mis noches y sol de mis días (y al decir esto se encaraba con sus libros, que, como es de presumir, le escuchaban sin pronunciar palabra). Verdad es, añadía, que sois tantos y andáis tan revueltos, que es punto menos que imposible dar con el que se busca; pero ¡qué importa! aquí estáis, y no se os atreverá mano profana. Yo os he devuelto á la vida; yo os libré, á unos de manos del especiero, del desvío de los ignorantes á muchos, y á no pocos de morir en las obscuras profundidades de los lugares excusados. Y no se me tilde de egoísta: si os guardo como peras en tabaque, no os escondo á las miradas de los doctos, ni os sustraigo al trato de los eruditos. Mi bolsa y mis libros son de mis amigos. Díganlo, si no, cuantos frecuentan este palacio,

para quienes sois fuente de peregrinos datos y venero de curiosidades preciosas.„

Otras veces abría al azar el *Muñoz Romero*, y, sonriéndose desdeñosamente, exclamaba: "Mucho hiciste, pero yo hago más que tú. Sobre tí pondré más de mil papeletas; y cuando salga á luz, no la historia de mis famosos hechos, porque no soy ningún *Don Quijote*, sino mi Bibliografía de las historias de las ciudades, villas y aldeas de España, sin omitir las que se refieren á la ciudad de Jauja y aquellas otras que tratan de la ínsula Barataria, cuantos quieran escribir los sucesos de esta nación nobilísima, ó no dirán de la misa la media, ó se ampararán de mi obra, fruto de vigilias y desvelos en no cortos años, en la que tengo todas mis complacencias.„

Porque es de saber que el duque prefería los libros y papeles que trataban de historias y sucesos de pueblos, y estimaba en más un papelote en que

se leyese la relación de tal ó cual suceso acaecido en este ó en otro lugarcillo, que cuanta hacienda y honor pudieran darle todos los reyes y soberanos de la tierra.

Conocían esta su preferencia sus muchos amigos y cuantos tratantes en libros viejos pululaban á la sazón en la ciudad de Sevilla (que era el lugar donde vivía el duque de quien escribo), tratantes que se valían á maravilla de sus monipodios, y amigos que lo agasajaban, á cambio de análogos obsequios, con los ejemplares más raros y curiosos con que acaso topaban.

Alentaba al duque en su desmedida afición un su hermano gemelo, mozo no menos rico que él de bienes temporales y espirituales, el cual, como él, bebía los vientos por los libros. Era el marqués (porque marqués era aquel su hermano) hombre de muchas y calificadas partes, á quien, como al duque, dió el Cielo mujer virtuosa, hijos en número y hacienda sin tasa, y á quien

Lucifer en persona (porque no pudo ser otro) infundió pasión vehementísima por los libros de poesías, de los cuales había logrado muchos miles, que componían la más rica biblioteca poética.

Había él reunido á fuerza de constancia y dinero, y, más que por una y otro, gracias á su clara inteligencia y á su pasmosa erudición en este linaje de bibliografía, las primeras ediciones de todos los versos castellanos habidos y por haber; con que no hay que decir que los contaba por millares de millares, siendo cosa olvidada de puro sabida, que los españoles, sin excepción alguna, escriben versos, y, lo que es más peregrino, los dan á la estampa.

El duque con sus historias y el marqués con sus poesías andaban á corre que te alcanzo, ó á quién vence á quién, en lo de enriquecer sus respectivos catálogos y bibliografías; porque cuenta que, así como el duque escribía la bibliografía histórica, el marqués

preparaba la bibliografía poética, y cada cual ponderaba el mérito de la suya, y uno y otro cambiaban entre sí los libros que se acomodaban á sus respectivas aficiones.

"Para mí—decía á las veces el duque—los libros de versos no tienen enjundia, y en tanto aparecen en mi colección, en cuanto narran algún suceso histórico acaecido en este ó en otro pueblo„—"No diera yo un ardite—replicaba el marqués—por ningún libro de historias, así éstas fuesen las de los siete Infantes de Lara ó las del bandido generoso Diego Corrientes. Si hay alguno, entre los míos, ciertamente no es por lo de la historia, sino porque está escrito en verso.„—"¡Buenos están los libros de versos!--exclamaba el duque.—En los viejos sólo se habla de las Filis y las Amarilis, que serían unas pelanduscas hartas de ajos; en los modernos todo es gemir y lagrimear, y en los novísimos todo se vuelve pésetes y reniegos del mundo y de la

sociedad; y en los viejos y en los modernos y en los novísimos, mucho ruído y pocas nueces.„—"Alto ahí, hermano—le interrumpía el marqués.—Si en los libros de poesías hay mucho ruído y pocas nueces, en los de historias, no siendo poco el ruído, las mentiras son muchas. ¿Trátase de historias de imágenes y de monasterios? La relación es siempre la misma: la misma antigüedad, el mismo hallazgo, la misma lámpara ardiendo sin aceite dos mil años. ¿Se habla de historias de lugares? Todas se pierden en la noche de los tiempos. Los pueblos todos son leales, invictos y heroicos, y en todos pelearon cristianos y moros, llevando, por supuesto, los moros la peor parte.„—"La Historia—añadía el duque, amparándose del dicho de Cicerón—es maestra de la vida, luz de la verdad y testigo de los tiempos.„—"Concedo—replicaba el marqués:—esa es la Historia, pero las historias son más embusteras que Turpín. La Poesía es el

lenguaje del alma.„—"Concedo—añadía á su vez el duque:—la Poesía es el lenguaje del alma, pero los poetas, por falsos, son todos unos desalmados.„

Y en estas razones pasábanse los dos hermanos las horas muertas, al cabo de las cuales el duque salía en busca de libros de historias, y el marqués á caza de libros de poesías.

CAPÍTULO II

En que se verá quiénes eran los amigos del duque y del marqués, y la parte que tomaron en la locura de ambos.

CONGREGÁBANSE por las noches en el palacio del duque y en la sala de los libros y los papeles, que, como dicho queda, estaba atestada de mamotretos desde el techo hasta el suelo, siendo por ende lo de la congregación en aquel lugar como cosa de encantamento y maravilla manifiesta, que contrariaba la ley de la impenetrabilidad de los cuerpos; congregábanse, digo, de noche y en aquel recinto, los amigos de entrambos her-

manos (los cuales amigos tenían por ejercicio el de las buenas letras), tanto para honrarse con el trato asaz caballeresco del duque y del marqués, cuanto para valerse de las preciosidades bibliográficas en aquel lugar atesoradas, y facilitar y enriquecer con ellas sus propios trabajos.

Sentados al rededor de una mesa, unos escribían, leían otros, garabateaban algunos, y todos, cuando venía á cuento, hablaban del libro que traían entre manos, del papel curioso hallado en el baratillo del Jueves, de la última novedad bibliográfica y de cuanto tocaba á sus comunes aficiones. El duque acudía solícito á todos, y, anticipándose á los deseos de sus contertulianos, facilitábales cuanto habían menester, salvo el caso, no extraordinario por cierto, de no poder dar con el libro ó papel deseado, entre aquel maremagnum de papeles y libros. Desesperábase su excelencia cuando esto acontecía (tres ó cuatro veces en cada una no-

che.) "Aquí está—exclamaba—el libro que Vmd. me pide, pero me es imposible llegar hasta él: me cierra el paso esta muralla de infolios.„—"En ese estante guardo el papel que Vmd. demanda, pero ¡diablo! no lo encuentro.„—"Encima de aquella tabla duerme el manuscrito que interesa á Vmd., pero ¡échale un galgo! anda revuelto con cien mil más de su linaje.„

El marqués concurría también á la tertulia y era de los que escribían mucho más que hablaban, á no ser que se tratase de algun libro de versos, porque entonces daba él primero su parecer, no tanto respecto de la bondad del poeta, cuanto en lo que hacía relación á los primores ó defectos del impreso. Pero cuando más hablaba y con más vehemencia y pasión, era si alguno de los contertulianos, ó el mismo duque, osaba poner lengua pecadora en lo tocante á la importancia de los libros de poesías: entonces quebraba, no una, sino cien lanzas, en defensa de la se-

ñora de sus pensamientos, y enfrascábase en altercados, en los que intervenían todos, poniéndose unos de parte de la bibliografía poética, y otros del lado de la bibliografía histórica.

Asistían de ordinario en la tertulia hombres de letras, historiadores, hablistas, académicos, poetas, jurisconsultos, archiveros y bibliotecarios, y hasta un administrador de la Justicia, el cual, igualmente aficionado del divino arte de la Poesía que de la intrincada y revesada ciencia de Themis, ayudaba al marqués cuando de ensalzar las preeminencias de los poetas se trataba. Allí el licenciado Zespeyes maravillaba á todos, hablándoles de las excelencias y los primores de las artes sevillanas en los siglos diez y seis y diez y siete; del mérito de una imagen, cuya historia refería, dando tales pelos y señales, que cualquiera hubiese dicho que fué compañero del artista que la labró; de las fiestas con que Sevilla había celebrado la visita de sus reyes,

y de la erección de algún monasterio famoso, como el de Nuestra Señora de las Cuevas, ó el de la Virgen de Regla, de Chipiona. Era el tal licenciado hombre de muy apuesta y gentil figura y de finísimos modales, archivo viviente, historia palpitante, erudito á no poder más y un tanto fanático por todo lo que á las bellas artes tocaba.

Allí también lucía los primores de su ingenio y derramaba á manos llenas los tesoros de sus conocimientos literarios el Bachiller Francisco de Osuna, de quien están llenas las historias; hombre al cual las largas vigilias consumidas en el estudio habían plateado los negros hilos de sus barbas, dando á su severo rostro el melancólico tinte de la vejez prematura. De ojos vivos y penetrantes, de nariz aguileña, de finísimos labios, como hechos para destilar mieles; cargado de espaldas por el hábito de inclinarse sobre los libros; de mediana estatura, de palabra serena y reposada, de comprensión rapidísima y

de trato franco y sencillo, el Bachiller era querido y respetado de todos los que le escuchaban embobados, ya cuando leía algunos de sus sonetos y de sus madrigales, maravillosas piezas poéticas que de buen grado habrían suscrito los Arguijos y Cetinas, ya cuando hablaba de las grandes figuras de la historia literaria de España, Barahona de Soto, entre otros ingenios, en cuyo estudio venía ocupándose de muchos años á la fecha; bien cuando ponderaba la importancia de la literatura popular, de la que estaba muy apasionado, bien cuando criticaba con sano juicio algunas de las producciones que á diario enriquecían la literatura patria.

Alzaba allí su voz cierto licenciado á quien llamaban *La ciudad de Sevilla*, no tanto porque había representado en el Municipio á esta ciudad nobilísima, cuanto por su amor á la bendita tierra de la caballerosidad y la hidalguía, hidalguía y caballerosidad que en nues-

tro licenciado tenía su cifra más acabada. Español á macha martillo, hombre chapado á la antigua, caballero de los que llevaban por empresa de su escudo los nombres venerandos de *Dios, Patria* y *Rey*, andaba por aquel entonces enfrascado en la empresa magna de escribir la bibliografía de la guerra de la Independencia, obra que bajo su pluma iba agigantándose para llegar á ser el más sólido monumento levantado á la gloriosa memoria de los vencedores del famoso Capitán del siglo.

Contábase también entre los contertulianos del duque un mancebo de rozagante figura y cortesanos modos, el cual, aplicado desde su niñez al estudio de las buenas letras, había logrado subir á la cátedra del maestro á la edad en que todos ó casi todos son discípulos. Muchos escritos literarios había dado á la estampa, valiéndole justos plácemes las biografías de Rodrigo Fernández de Ribera, Mateo Alemán y Gutierre de Cetina (de quien publi-

có todas las obras poéticas), la historia de las Academias hispalenses y la de la Imprenta en Sevilla, y otros libros y folletos, todos muy celebrados.

Otro mancebo, mozalbete ladino y decidor, espíritu inquieto y desasosegado, pero laborioso y diligente como él solo, terciaba en la tertulia del duque, manejando ora la pluma, ora los pinceles. Este tal, con quien la caprichosa suerte no había sido á la verdad muy generosa hasta que de par en par se le abrieron las puertas de aquel palacio, á donde no sé qué feliz estrella le guió, se despepitaba por los estudios bibliógraficos, y ya había dado muestras de su pericia escribiendo la historia de los periódicos de Sevilla y un buen porqué de artículos y folletos que trataban de cosas y de hombres de esta ciudad. Era un trasunto del bueno de D. Felix González de León vestido á la moda del día. Acababa de publicar la dicha historia de los periódicos sevillanos, y el mozo estaba, y

no sin razón, orgulloso de su obra. Había logrado, en fuerza de desvelos y fatigas, registrando archivos y bibliotecas, y tragando mucho polvo, dar noticia muy cumplida de todas ó de casi todas las publicaciones periódicas.

Todos los papeles públicos habían pasado por sus manos: ninguno se le quedó en el tintero. Desafiaba al más lince á que le citase el nombre de uno solo que él no hubiese inscrito en su bibliografía.

Otros ingenios completaban la tertulia del duque: un archivero, dechado de cultura y de buen sentido, que andaba por aquellos días muy ocupado en el estudio de la imprenta en Córdoba, reuniendo las papeletas bibliográficas de cuanto papel impreso había salido de la ciudad de los Califas; un doctor en Ciencias Médicas, que manejaba día y noche el *Hernández Morejón*, y un coplero infeliz, más versado en desdichas que en versos, el cual, puesto á calentarse á *la lumbre*

del hogar, había intentado levantar montañas con *granos de arena*, y, tal vez porque él era un Juan Lanas, escribir la *Historia de muchos Juanes*.

No hay para qué decir que por aquella sala de aquel palacio pasaban, cuando acaso venían á Sevilla, las eminencias literarias españolas, atraídas por el renombre que la tertulia del duque había alcanzado en toda la Península. Menéndez y Pelayo (y con citar su nombre está dicho todo) gustaba del trato y de la amistad del duque y del marqués, y, como quien no quiere la cosa, al desgaire, en aquellos altercados sobre las excelencias de una sobre otra bibliografía, la histórica y la poética, ponía los puntos sobre las íes. El P. Mir, meditabundo, cabizbajo y ensimismado, como si luchase consigo mismo, solicitado por dos corrientes contrarias, una que le arrastraba á desembarazarse de la pesada carga de sus anhelos de hombre, y otra que le constreñía con los rigores y las es-

trecheces de la prudencia, corregía de vez en cuando, sin petulancias de dómine, el vocablo torpe y la locución revesada. Echegaray hablaba de todo, menos de sus dramas, y el Doctor Thebussem, embutido en el sillón presidencial, recitaba con voz melíflua aquella donosísima carta, escrita en el corazón de Sierra Morena por el más enamorado de los caballeros andantes, que comenzaba: "El ferido de punta de ausencia y el llagado de las telas del corazón, dulcísima Dulcinea del Toboso etc.„ ó contaba un cuentecillo de los muchos que guardaba en cartera para darlos más tarde á la estampa entre los coleccionados por Fulano, Mengano, Zutano y Perengano.

Acudían otrosí á la tertulia del duque, como las moscas á la miel, jóvenes barbilampiños y carilucios, los cuales iban echando á la vez barbas y aficiones literarias, y pretendientes de oficios y beneficios, que esperaban alcanzarlos de la magnanimidad de su

excelencia; porque es de saber que el señor duque tenía sombras y lejos de *hombre político*, en el mal sentido de la frase.

Unos y otros avivaban las desmedidas aficiones del duque y del marqués, unos poniendo por los libros de poesías y otros por los de historias, y echando leña al fuego de aquella monomanía bibiográfica que de medio á medio había cogido á ambos hermanos excelentísimos, pudiendo decirse de cada cual estas frases, proverbiales en tiempos de Horacio: *Anticyra eget* y *navigat Anticyram*.

CAPÍTULO III

Del medio que les vino á las mientes á dos ingenios, que asistían en la tertulia del duque, para remediar la locura de éste y la de su hermano el marqués.

Uno de los contertulianos del duque, hombre sesudo y talentoso, aquel de quien he dicho que andaba á vueltas con la bibliografía de la guerra de la Independencia, dolido de que dos tan claros ingenios, como eran el duque y el marqués, estuviesen á punto de perder el seso, metidos de hoz y de coz en sus desatinadas aficiones, dióse á imaginar cuál sería el mejor remedio para aquella

incipiente locura que amenazaba con sumir á sus víctimas en los abismos de la simplicidad; y después de pasarse muchas noches en claro, trazando planes y maquinando empresas, al cabo dió con el que creyó el remedio más seguro y la más eficaz medicina: medicina y remedio que consistían en hacer patente al un hermano que no todo libro de versos vale el trabajo de que se le busque y, después de hallado, se le conserve como oro en paño; y al otro hermano, que no siempre debe creerse á los libros de historias, sino, antes bien, ha de ponérseles en tela de juicio, dando á cada cuál lo que se merezca: á los menos lugar preferente y á los más fuego eterno.

Para llevar á cabo su intento, avistóse el Licenciado con un su amigo, hombre de peregrino ingenio, oriundo de la Montaña, que había pasado los mejores años de su vida gobernando ínsulas sin que le fuera á la mano ningún Pedro Recio Agüero, de Tirtea-

fuera, y averiguando los nombres de los maestros espaderos españoles, cosa muy conveniente para el mejoramiento de la república y para el procomunal. Este Hidalgo montañés, más listo que Cardona, se convino con el Licenciado para rematar felizmente la obra de la curación de los dos hermanos, pareciéndole de perlas la medicina por aquél inventada; y así, sin dar paz á la mano, se aplicaron á la tarea.

El Hidalgo montañés púsose á escribir un romance para relatar las grandezas y las glorias de la ciudad de Xerez de los Caballeros, en Extremadura, patria común del duque y del marqués; romance que se suponía parto felicísimo del ingenio de un Padre agustino, á quien bautizaron con el nombre de Fr. Enrique de Polanco, y á quien hicieron oriundo de los cántabros, el cual Padre, según imaginaron, había vivido en los promedios del siglo décimo octavo y habitado en el convento de San Agustín de dicha ciu-

dad. En el camino de las imaginaciones y de los supuestos, nuestro Licenciado tomó á su cargo escribir un prólogo al romance, prólogo en el cuál se diría quién fué el autor de los versos y cuál su patria, qué otros escritos legó á la posteridad, y cómo y por dónde habían llegado estas noticias á conocimiento del prologuista, que firmaría con las siglas T. E. B. y P. I.

Escribió el Licenciado el prólogo con pluma tan castiza, que no lo hubiese desdeñado el mismo Saavedra Fajardo; y tales y tan raras noticias dió del Padre Polanco, que no había más que leerlo para desear conocer desde la cruz á la fecha las demás imaginadas obras del autor del romance, entre ellas una intitulada *Melles Paradisi*, á cuyo solo título se hacía la boca agua, y otra de un su pariente, denominada *Ramillete de refranes, proverbios y sentencias*, que ciertamente dejó tamañito al Pinciano y al maestro Juan de Mallara. Decía en el

prólogo el Licenciado que, acaso y revolviendo papeles viejos en una almoneda, había topado con un mamotreto, que era la colección de las obras inéditas del ya dicho fraile agustino, y que encomendaba á las prensas el romance, guardando las demás para mejor ocasión, porque, si bien no era un dechado de poesía, daba muy curiosos pormenores de la ciudad de Xerez de los Caballeros, y bajo este respecto la obrita tenía algún valor para cuantos hombres se aplicaban á los estudios históricos. Finalmente, fechaba el prólogo en Córdoba, año de 1842.

Terminada esta primera parte de la empresa, que les salió á maravilla, faltaba la impresión del folleto, lo que no era un grano de anís si había de lograrse el propósito de que, al verlo, leerlo y examinarlo, el más inteligente bibliófilo lo tuviese por editado en Córdoba en el ya dicho año de 1842, y no en Sevilla en el de 1897. Nadie mejor que Rasco para sacarlos del aprieto:

impresor del duque y del marqués y de todos los bibliófilos sevillanos, conocía al dedillo los secretos de la tipografía y estaba muy versado en las estampaciones que remedan las de los libros viejos. Previo juramento de guardar sigilo, Rasco acometió la impresión, valiéndose de letras que encontró entre los desperdicios de la que fué casa del librero Geofrín, y de papel que sacó no sé de dónde, pero que á la legua trascendía á rancio.

Impreso el folleto, el Licenciado y el Hidalgo montañés se pasmaron de su propia obra, y llegaron hasta á dudar de si realmente había ó no existido Fray Enrique de Polanco, y de si escribió ó no aquel romance histórico y las apetitosas *Melles Paradisi*, y de si cierto, por rara ventura, el bibliófilo T. E. B. y P. Y. había sacado ó no del olvido, en el año de 1842 y en Córdoba, todos aquellos manuscritos.

Faltaban al folleto el sello de antigüedad, los síntomas de la vejez, las

huellas de los dedos que lo hubiesen hojeado, las arrugas con que lo señalara el lector poco cuidadoso, el polvillo invisible que se infiltra en la tinta de imprenta rebajando su negrura, la gota de agua que cae sobre esta ó aquella página... Todo fué obra de un instante: llovió sobre el folleto, fué ajado y resquebrajado, amén de empolvado, y tal salió, que no lo conocieran las mismas prensas que lo parieron.

Todavía quedaba el rabo por desollar, y el desuello del rabo consistía en hacer que aquella joya bibliográfica llegase íntegra á manos del duque y del marqués. Para esta tercera parte de su empresa se les presentó la ocasión sin pelo alguno, como quien dice, calva hasta la nuca. Fué el caso que el duque y el marqués, huyendo de los calores estivales, que en esta ciudad de Sevilla derriten los sesos á quien los tiene de piedra berroqueña, andaban veraneando, el primero por Madrid y sus arrabales, y el segundo por la ca-

pital del reino lusitano. Sabido les era que los dos hermanos aprovechaban las excursiones para enriquecer sus respectivas bibliotecas, comprando cuanto encontraban en librerías y puestos de papeles viejos, é idearon remitir, con las oportunas instrucciones, á dos libreros, uno de Madrid y otro de Lisboa, sendos ejemplares del folleto, cuya portada decía así:

Crisol de la verdad,
Luz especulativa, espejo reluciente,
Descripcion sumaria
Del Convento
De S. Agustin
De Xerez de los Caballeros
Que en versos torpes hace
Fr. Enrique de Polanco,
De la misma Religion,

y para memoria eterna, gratitud probada, y merecido elogio la encamina, dedica y consagra

Al Ylustre Ayuntamiento

de esta Muy Noble y Muy Leal Ciudad.

—o—

Córdoba
Imprenta de P. Delmonte.—Calle Almonas.

Hecho como lo pensaron, tranquílos en su conciencia y orgullosos de su obra, encomendaron á Dios el éxito, seguros de que su Divina Majestad intervendría para devolver á su buen acuerdo y sano juicio á aquellos dos bibliófilos que iban derechos, si el Cielo no lo remediaba, á dar en los horrores de la bibliomanía.

CAPÍTULO IV

De lo que leerá el que leyere.

PASARON los rigores del verano y otra vez volvió á abrirse de par en par la puerta de aquella sala del palacio del duque, donde millares de libros habían dormido el sueño del justo durante tres meses, que á los contertulianos parecieron tres largos años. Allí recibía de nuevo á sus amigos el señor de la casa; allí el marqués departía cariñosamente con todos; allí volvían á reunirse poetas, literatos, jurisconsultos, los mismos del invierno pasado, tan alegres, tan

decidores como siempre, animados de los mismos propósitos que los guiaban antes de separarse. El duque y el marqués hacían el gasto en aquella primera velada del incipiente otoño. Larga había sido la excursión, y por cierto fecunda para las letras, sobre todo para la bibliografía.

—Vean, vean vuesas mercedes—decía el duque, poniéndolos sobre la mesa,—vean estos libros que adquirí en Madrid. Un *Lazarillo de Tormes* que parece que acaba de salir de las prensas. Miren, miren qué maravilloso ejemplar de *Los Lusiadas*. ¿Y este *Quevedo?* ¡Es portentoso! ¿Y este papelito? ¡Es una relación como no hay dos bajo la capa del cielo!

—¡Buena está ésa!—le interrumpió el marqués.—¡Baratijas, y nada más que baratijas! ¡Papeluchos y papelotes para vendidos al peso! Yo sí, yo sí que he traído cosa exquisita: cancioneros, romanceros, refraneros....

—Hermano, hermano, te desafío á

que nos presentes una joya del valor de la que yo he adquirido—exclamó el duque, sin poder contenerse.—¡Un número más para mi bibliografía, y para la tuya también! Pero lo verás y no lo catarás.

—Veamos, duque, veamos ese portento—dijo el licenciado Zespeyes; y añadió, dirigiéndose al marqués:—Tenga calma vuecencia, que nosotros seremos jueces del campo y á la postre decidiremos la contienda.

—¡Asómbrense!—gritaba el duque, blandiendo en su diestra un folleto, al parecer, de no mucha lectura--Es ejemplar único: la historia en romance castellano de la ciudad de Jerez de los Caballeros, escrita por un frailecito que sabía dónde le apretaba el zapato y gustaba mucho de las *Mieles del Paraíso*.

—¡A ver! ¡A ver!—exclamaron todos, ansiosos de que el duque les mostrase aquella maravilla.

Visto y examinado que fué por to-

dos, excepto el marqués, á cuyos labios asomaba sonrisa desdeñosa, comenzaron los elogios y las ponderaciones.

—¡Curioso y peregrino!—exclamaba uno.

—¡Buena ganga, duque!—decía otro.—¡Con este número no contó Muñoz Romero!

—Y para mí es muy interesante—añadió el Bachiller Francisco de Osuna.—Cita el prologuista un refranero del que yo no tenía noticias. Este se le ha escapado al maestro Sbarbi. ¡No es tampoco mal número para su bibliografía!

—¡Anda, anda!—exclamó el mozalbete autor del Periodismo en Sevilla. Un hombre se pasa la flor de su vida, como yo, pongo por caso, inquiriendo los nombres de todos los periódicos, y ¡zás! cuando cree que no se le ha escapado ninguno, en el primer folleto con que tropieza encuentra citada *La Saeta*, periódico sevillano del

año 42. ¡Bien claro lo dice en esta nota el prologuista! Pues yo juro por la santa memoria de este buen señor T. E. B. y P. Y., que no pararé hasta dar con ese maldito periódico, que hasta ahora ha logrado escapar á mis pesquisas.

—¡Pues qué diría yo, señores—añadió otro de los contertulianos,—yo, que he trabajado, hasta despestañarme, en mi obra *La Imprenta en Córdoba*, y cuando creía que estaba completo mi trabajo, salta para burlarse de mis vigilias este folleto, que está impreso ¡bien claro se lee! en Córdoba y en la oficina de *P. Delmonte*, librero á quien no conozco!

—Pues ahora—interrumpió el duque,—digan vuestras mercedes si éste es ó no un papelucho despreciable.—Y añadió, dirigiéndose á su hermano:

—Está en verso, y, por tanto, es un número de tu colección; pero es la historia de nuestro pueblo, y, por consiguiente, también corresponde á la mía.

Me costó diez pesetas, amén de una de propina, y un buen cigarro, en Madrid. ¡Lo verás, pero no lo catarás!

Miraban todos al marqués, como queriendo decirle que el duque había sido más afortunado, pero él, sin darse por entendido, metió la mano en uno de sus bolsillos y sacó y arrojó sobre la mesa otro folleto idéntico al del duque, exclamando con aires de vencedor:

—Yo también poseo el romance de Fray Enrique de Polanco, y sólo dí en Lisboa seis pesetas por esa alhaja. Señores jueces: ¿cuál de los dos ha ganado la partida?

CAPÍTULO V

De cómo cayeron de su burro (que, sin perdón, así se llama) el duque y el marqués; y de cómo entraña una verdad que no tiene vuelta de hoja aquel refrán que dice: "cada loco con su tema".

TRANSCURRIERON muchas noches, en las cuales fué el tema predilecto en la tertulia el hallazgo de los dos ejemplares del folleto del P. Polanco, que todos reputaban por verdadera joya, satisfechos más cada día, el duque por haber aportado un número curioso á su bibliografía histórica, y el marqués por haber enriquecido su bibliografía poética.

—Verdaderamente—decía en una de aquellas noches el licenciado Zespeyes,—el padrecito no era un prodigio, ni mucho menos, en el divino arte de la Poesía, y, si no fuera por las noticias que nos da, bien pudo haberse quedado el romance en compañía del *Ramillete* y *Las Mieles*.

—Diré á Vmd.—le interrumpió el Hidalgo montañés, á quien un color se le iba y otro se le venía:—el romance no es un modelo; pero téngase en cuenta los tiempos que alcanzó el poeta, considerando que el mal gusto se enseñoreaba de la poesía española, y no se le reprendan al bueno del Padre culpas que no fueron suyas, sino del siglo en que vivió.

—Lo más particular del caso—dijo el duque—es que cierto bibliófilo santanderino, quien, como vuestras mercedes saben, escribe de la vida y milagros de todos los montañeses ilustres, no tenga noticias de Fr. Enrique de Polanco. Le he enviado una copia de

la portada del folleto, con la correspondiente reseña, y no se da punto de reposo inquiriendo nuevos datos para la biografía del fraile.

—Y tengo entendido—añadió el marqués—que los Padres agustinos del Escorial, muy celosos de cuanto á su Orden atañe, buscan también noticias de la vida de su hermano el romancista.

—¡Pues como tengan tanta fortuna como yo, que busco el Refranero del padrecito, no les arriendo la ganancia! —dijo el Bachiller de Osuna.

—¡O como yo!—añadió el de los periódicos sevillanos.—Nadie me da noticia de *La Saeta*. ¡Maldito periódico!

A estas alturas llegaba la conversación en la tertulia, cuando entró en la sala un criado, llevando dos bandejas con dulces y botellas, las que puso sobre la mesa, retirándose á seguida y no sin saludar humildemente al concurso.

—¡Agasajo tenemos!—exclamó el

de los periódicos.—¿Qué santo es hoy, señor duque? Pero ¡necio de mí! Ya caigo en la cuenta: el duque y el marqués nos agasajan por el hallazgo de su precioso folleto.

—Por mi parte—dijo el duque,--declaro que no me ha pasado tal cosa por el pensamiento. Como no haya sido... el marqués....

—Lo mismo digo—interrumpió éste:—no he sido yo quien ha mandado traer los dulces y el vino... porque supongo que será vino lo que contienen estas botellas.

—¡A ver, á ver!—dijo el duque, cogiendo una y examinando la etiqueta para sacar por la marca la calidad del contenido.—¡Diablo! ¡Qué marca más peregrina! Parece que el autor ha querido pintar aquí un fraile. Sí, un fraile... y dice debajo de la figura: "¡Fray Enrique de Polanco„!

—¡Fray Enrique de Polanco!—exclamaron todos.

—¡Cosa más particular! Esta otra

botella—dijo el marqués—también tiene pintado un fraile en la etiqueta, y debajo se lee el mismo nombre, y además dice: *Melles Paradisi*.

—Caballeros—preguntó el duque: —¿cuál de vosotros es el autor de la broma, y á quién debemos este vino y estos dulces?

—¿A quién sino á vuestra merced y al señor marqués?—contestó el Licenciado.

—¡A mí...!—exclamaron á la vez ambos hermanos.

—A vuestras señorías—añadió el Licenciado.—¿No dió vuestra merced, señor duque, diez pesetas al librero de Madrid por el ejemplar del folleto?

—Cierto—contestó el duque.

—Y su merced, señor marqués, ¿no dió seis por el suyo?

—Ni un real menos—contestó el marqués.

—Pues con las diez y seis pesetas que los libreros de Madrid y Lisboa nos han remitido al señor Hidalgo

montañés, que nos escucha, y á mí, hemos comprado este agasajo para que comamos, bebamos y brindemos á la salud de Fray Enrique de Polanco; aunque, á decir verdad, de poco podrá servirle nuestro brindis, porque el tal fraile jamás ha existido.

Y el Licenciado soltó una carcajada homérica, que sorprendió á los circunstantes.

Callaron todos durante algunos momentos y miráronse los unos á los otros, sin acertar á decirse palabra. Al duque un sudor se le iba y otro se le venía; el marqués enarcaba las cejas; el Bachiller de Osuna sonreía picarescamente; el de los periódicos sevillanos abría un palmo de boca, y el licenciado Zespeyes hacía y deshacía el nudo de su corbata.

—Pero ¿qué significa todo esto?—preguntó el duque al Hidalgo montañés, que á su lado estaba.

—Significa, señor duque—contestó el interpelado,—que lo del folleto ha

sido invención del Licenciado, en la que yo también he tenido parte. Significa que el folleto en cuestión es apócrifo.

—¡Apócrifo!—exclamaron todos.

—Su merced el señor Hidalgo montañés—añadió el Licenciado—es el mismísimo Padre Polanco, autor del romance, y yo soy, aunque indigno, el prologuista. Claro lo dicen estas siglas T. E. B. y P. Y: *Todo es broma y pura invención.*

—¿Y lo del *Ramillete?*—preguntó el de Osuna.

—Pura invención.

—¿Y lo de *La Saeta?*—preguntó á su vez el de los periódicos.

—Invención pura.

—¡Luego el folleto no se imprimió en Córdoba!—exclamó el de la bibliografía cordobesa.—¡Y yo que lo había incluído en mi catálogo!

—¡No, sino en casa de Rasco!

—¡Qué dirá, cuando se entere de la broma, el bibliófilo de Santander!

—¡Y los Padres agustinos, á quienes se priva de un hermano tan famoso como el padrecito...!

En esto un nuevo personaje entró en la sala.

—Venga V. acá, señor Rasco—dijo el duque, encarándose con el recién llegado.—¡Conque también su merced, que parece que no quiebra un plato, con su cara de mosquita muerta, se coliga con los licenciados y los hidalgos montañeses para burlarse de los amigos!

—Yo, señor duque, yo...—balbuceó el tipógrafo.—La verdad es....

Y no acertó á decir más palabras.

—El amigo Rasco—dijo el Licenciado—es un hombre de bien, y ha contribuído á la buena obra.

—¡Yo quiero un ejemplar del folleto!—gritó el de los periódicos.

—Y yo quiero otro—añadió el licenciado Zespeyes.

—Y yo.

—Y yo.

—Y yo.

Dijeron todos.

—Es imposible complacerlos—dijo el Hidalgo montañés;—sólo se imprimieron siete ejemplares: los dos del duque y el marqués; otro, para el inolvidable don Antonio Cánovas del Castillo (q. d. D. g.); otro, para el insigne Menéndez y Pelayo; otro, para el bibliófilo santanderino, y los dos restantes para los autores de la que es obra de chunga y fisga.

Celebróse mucho por todos el lance del folleto, y uno tras otro, por ser ya la hora de las once de la noche, salieron del palacio del duque, quedándose rezagados *La ciudad de Sevilla* y el Hidalgo montañés.

Solos los cuatro, el duque, el marqués, el Hidalgo montañés y el Licenciado, éste tomó la palabra y dijo:

—Duque y marqués queridos: nuestro intento fué el mejor del mundo. Ni todos los libros de versos merecen estimación, ni han de ser creídos todos

los libros de historias. Más abundan los versos malos que los buenos; y, en cuanto á las historias, pocas son las que no están plagadas de invenciones.

—De todos modos—exclamó el duque,—verdadero ó apócrifo el folleto, vuestras mercedes me han dado un número más para mi bibliografía histórica.

—Y á mí—añadió el marqués,—como está escrito en verso, otro número para mi bibliografía poética.

Cuando juntos se alejaban aquella noche de la casa del duque el Hidalgo montañés y el Licenciado, éste dijo á su compañero:

—De nada nos han servido nuestras trazas, señor Hidalgo. Para su monomanía bibliográfica no hay remedio en la tierra. Sólo Dios, en su infinita misericordia, podría realizar un milagro.

ACABÓSE DE IMPRIMIR ESTE FOLLETO
EL DÍA XIX DE ENERO DE MDCCCXCVIII,
EN SEVILLA, OFICINA TIPOGRÁFICA
DE LA **Revista de Tribunales**

R
A
L

R
A.
L